

EL HERNANDISMO EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA: EVOCACIONES Y REFLEXIONES

Gabriele Morelli
(Universidad de Bérgamo)

Esta modesta aportación, que comprende la recepción hernandiana relativa al arco cronológico de los años 1960 y 1970, entronca con la época de mi juvenil trabajo doctoral dedicado al poeta de Orihuela que empieza en el año 1961 en la Universidad Bocconi de Milán. Ya conté en otras ocasiones mi primer viaje a España que justo remonta al verano de ese año con el fin de buscar materiales para mi tesis, ya que poco o nada en aquella fecha pude encontrar en Italia sobre el autor objeto de mi estudio, aunque poco después Dario Puccini daba a conocer su importante antología titulada Miguel Hernández, *Poesie*, Milano, Feltrinelli, 1962. Mi viaje a España lo realicé después de la sección de estudios de verano y tardé tres días para llegar a Madrid a horas de la madrugada. El motivo era buscar documentación sobre del poeta que estaba estudiando, ya que en el tomo III de la *Historia de la Literatura Española* de Valbuena Prat (Madrid, Editorial Gredos, 1960), que brillaba en los estantes de la biblioteca del Instituto de Español de mi Universidad, el nombre el poeta de Orihuela asomaba raras veces y siempre con referencias indirectas y solo colocadas (signo manifiesto de la poca importancia que su autor asignaba a nuestro poeta) en las notas del monstruoso tamaño del libro. Nunca a Hernández se le reservaba un espacio propio y nada decía el prestigioso crítico y histórico de la literatura española sobre la vida y la obra del poeta pastor. Aún hoy advierto el desaliento que me prendió por la elección del autor que había elegido firmando el tríptico de la papeleta de mi tesis, que resultaba del todo desconocido en el círculo de mis compañeros y también docentes. Pronto mi

di cuenta de la poca rentabilidad y escaso avance en la preparación de la tesis que me ofrecía la paupérrima documentación y bibliografía que hasta aquel momento había podido reunir. Así, en el verano agobiante de ese año 1961 partí, cogiendo el tren nocturno Milán-Barcelona, en busca de las huellas de Hernández teniendo pocos datos sobre su persona (aún no había podido leer el libro de Puccini), y solo recordando algunos versos del poeta que una compañera de estudios, recién llegada de Argentina, me había hecho copiar de su *Álbum*: eran los versos del texto n. 18 del libro *Cancionero y romancero de ausencia*, que de pronto aprendí de memoria y que recitaban:

Cada vez que paso
bajo tu ventana,
me azota el aroma
que aún flota en tu casa.
Cada vez que paso
junto al cementerio
me arrastra la fuerza
que aún sopla en tus huesos.

Había llamado mi atención la simetría perfecta del poema y su léxico claro y sencillo donde, a partir de la primera estrofa, se imponía el vocalismo formado por la recurrencia dual *a-a* y *a-o* con su alternancia (así en las palabras: «Cada... paso», v. 1; «bajo... ventana», v. 2; «azota... aroma», v. 3; «flota... casa», etc.), capaz de crear un ritmo lento, uniforme, que ligeramente cambiaba (signo de un dinamismo interior poco manifiesto exteriormente) en el segmento de la segunda estrofa, a demostración de un sentimiento doloroso, causado por la muerte del hijo, cuya modulación se expresaba en voz sumisa, casi apagada, sin fuerza, incapaz de explicar y denunciar una pérdida tan grande y terrible, como la de la muerte del hijo. Se trata de un sentimiento que no encuentra otra forma para expresarse que la de repetición con sus mínimas variantes; lo denuncia la voz verbal del presente que une la imagen de la casa mezclada al aroma del niño flotando en la habitación. Es decir, el poeta sustituye la ausencia del niño muerto con la presencia de su calor físico, su perfume, sus pobres y pequeños objetos que llenan mentalmente el vacío de la casa. Nos encontramos con el espacio del poema marcado por una estructura bimembre que expresa una oclusión, una antítesis profunda que detiene y a veces paraliza el movimiento del poema. En fin, la breve composición traduce un pensamiento fijo, atormentado, signo manifiesto

de la imposibilidad para el poeta de expresarse y solo repetirse, repetir el dolor del padre por la pérdida del hijo inocente.

En busca de una mayor documentación para mi trabajo de tesis, una vez llegado a Madrid, mi primera preocupación fue la de buscar una librería para comprar el libro de las *Obras Completas* de Hernández, publicado por Losada, de que tenía conocimiento a través de mi compañera porteña. Por lo tanto entré en una librería del centro –recuerdo medio desierta– y al dirigirme al dependiente que tenía pinta de ser el dueño del establecimiento, le pregunté en voz alta dónde podía encontrar el libro la *Obra completa* de Miguel Hernández. El me escrutó de reojo, pero aparentemente mirando hacia otro cliente que estaba tras de mí y que recuerdo había pedido un libro de Mariano José de Larra y lo estaba buscando entre varios tomos de la estantería hasta que, mientras el dueño parecía no haberme oído, ni visto, sacó un libro de la mesa delante (leí su título que era *Vuelva usted mañana*) y levantándolo lo enseñó al librero diciendo: «Ya lo he encontrado, ¿cuánto le debo?» «Vale», dijo el dueño. Después, me miró atentamente y susurró: «Vuelva usted mañana». Sucesivamente, dirigiéndose al cliente, levantó la voz y dijo «*Vuelve usted mañana* es el último ejemplar que tengo, ha tenido suerte». El cliente pagó y se marchó.

Me quedé solo en la librería en un silencio de tumba, mientras seguía mirando al dueño que parecía no verme, hasta que de repente, tras haber visto que nadie estaba, se me acercó lentamente y me apostrofó gritando:

–Usted, caballero, debe saber que su poeta aquí no puede nombrarse y sobre todo no puede gritar su nombre: ¿no se ha dado cuenta dónde está? Está en España. Por eso le estaba diciendo que volviera mañana.

Me quedé asustado y un poco preocupado. Pero, después, al verme la cara tan triste, se me acercó lentamente y me dijo que volviera el jueves –era lunes– que me procuraría el libro.

El jueves, muy pronto, estaba delante de la librería aún cerrada, acostumbrado al horario italiano de la apertura de las librerías; al fin con cierto retraso llegó el dueño, disimulando no conocerme; yo me había quedado fuera dando continuas vueltas delante del escaparate. Poco después, el librero, con un ademán de la mano, me indicó que entrara. En silencio, se acercó a una caja que tenía detrás del mostrador y sacó de su fondo forrado un papel rudo de color amarillo y me lo puso en la mano; dijo su precio y luego susurró: «Caballero, ábralo solo en su casa». No respeté el mandado, y una vez salido y superada la esquina enfrente de la

calle, quité el espeso papel. Pronto, brilló en mis manos, la cubierta roja del libro *Obras completas* de Miguel Hernández (Buenos Aires, Losada); edición ordenada por Elvio Romero y cuidada por Andrés Ramón Vázquez. Prólogo de M^a de Gracia Ifach, 1960. Al abrir las primeras hojas, me llamó la atención el retrato de la cara tostada del poeta: «Miguel era un campesino que llevaba un aura de tierra en torno a él. Tenía una cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva frescura subterránea», dirá Neruda [1974: 164]; igualmente, dirá Aleixandre «barro cocido, amasado y abrasado y capaz de contener, y rebosar, el agua más fresca» [1985: 198]. En este retrato abrumador, los grandes ojos negros del poeta parecían no mirar hacia afuera, sino más bien hacia dentro, como si quisiera dulcificar a través de su intensa carga humana la compacta plasticidad material de su cara. Recuerdo perfectamente el olor a tipografía de la páginas del libro aun vírgenes. Así pues, mi primer contacto con Miguel Hernández a comienzos de los años sesenta fue de carácter físico e implicó la llamada de los sentidos que en cierto sentido ameguaba y dulcificaba la fuerte tensión del aprendiz novicio hacia el objeto de interés.

Después, el libro argentino de las *Obras completas* de Hernández fue mi *breviarium* de casa y viaje, recordando que ser hispanista en aquella época en Italia, era igual que hacerse cura. Fue el *breviarium* de un joven estudiante de la poesía española que le acompañó por muchas semanas durante mi estancia posterior de curso de estudio en Salamanca. Al regreso a Madrid, gracias a la mediación de José Luis Cano, conocí a Aleixandre quien, conmovido por el hecho de que un joven italiano se enterase por la obra de su entrañable amigo, me dio una breve carta para Josefina Manresa, la esposa del poeta, confiando en su ayuda para aclarar dudas e incertidumbres sobre episodios de la vida y la obra de Miguel.

Aquel año no pude emprender el viaje, aunque intensamente deseado para conocer a Josefina, viaje que en cambio realicé más tarde y que en parte ya he contado [Morelli: 235-240]. Aquí quiero solo rememorar detalles de mi visita a la casa de Elche de Josefina, donde entonces demoraba la viuda, recordar el estado de tensión y confianza, la de un joven estudiante que había peregrinado algunos días para llegar a la meta deseada en el calor agobiante de agosto, deseando visitar la casa natal del poeta en Orihuela, mientras que Josefina se oponía tercamente a acompañarme en el autobús de la línea de transporte de la provincia, como le había pedido y suplicado varias veces durante el encuentro. Hasta que en la segunda cita que tuve con Josefina —era la última carta del juego que

al joven hispanista bien determinado le quedaba— me presenté delante de ella y pronto le entregué tres entradas del viaje; al enseñárselas, le dije con osadía pero con gran convencimiento: «He aquí tres entradas: una para Usted, una para mí, y la última para Miguel que sin duda nos acompañaría». Aún recuerdo la cara enjuta de Josefina, sorprendida pero pronto, al mirarme intensamente, la vi abrirse en una blanca sonrisa. «De acuerdo», me dijo y se calló. Viajamos juntos de Elche a Orihuela, pero cuando el pequeño autobús se paró, Josefina me indicó con la mano una calle, diciéndome: «Vaya por este camino, tuerce allí a la izquierda que poco después encontrará la casa de Miguel. Yo no puedo acompañarle, no puedo, no quiero verla». Me quedé solo como lo estoy ahora que vuelvo a vivir de nuevo aquellos inolvidables momentos lejanos.

Hasta aquí la historia personal, de todas maneras difícil de borrar de mi memoria; en cambio la otra historia, la de recepción de nuestro poeta en las décadas de los años sesenta y setenta, tema de esta conferencia, empieza, como es sabido, con las primeras publicaciones fuera de España, en particular en América: antes en la Habana, donde a final de la guerra civil, en 1939, aparecen el libro *Sino sangriento y otros poemas*; sucesivamente, en 1942, se reedita en Buenos Aires con prólogo de Rafael Alberti, *El rayo que no cesa y*, en 1956, siempre en la capital bonariense, vuelve a publicarse *Viento del pueblo*, prólogo de Elvio Romero, el mismo crítico a quien se debe, junto a María de Gracia Ifach, la citada edición argentina de las primeras *Obras completas* publicadas por la editorial Losada, el libro que motivó mi primer viaje a España. Otros datos sobre la difusión de la obra de Hernández en España los ofrecen el estudio detallado de un grupo de investigadores de la Universidad de Valencia, Joan Oleza Simón y Xelo Candell y otros más, titulado «La recepción de Miguel Hernández», incluido en el I volumen las Actas del I Congreso Internacional, celebrado en los lugares hernandianos (Alicante, Elche y Orihuela), en marzo de 1992. Los autores del estudio han rastreado la huella de la obra del poeta en la prensa española de postguerra, tanto en las editoriales nacionales como en revistas poco conocidas de provincia, donde igualmente acuden a la autoridad de Leopoldo de Luis, quien, como es sabido, conoció a Hernández durante el período bélico, y también miran al estudio de Víctor García de la Concha, para apoyar la tesis de que es el poeta pastor de Orihuela quien empieza en la literatura española la poesía social, ya que antes el tema social era proyección de la militancia ideológica, mientras que con Hernández es la inversa, subraya Leopoldo de Luis, quien apunta: «a diferencia de sus compañeros [Miguel] es un trabajador, no un señorito; es un autodidacta, no un universitario» [1969: 10].

Igualmente, siempre Víctor García de la Concha recuerda la trayectoria literaria de Pablo Neruda y el proceso de transformación de su poesía en el tránsito de la experiencia juvenil modernista representada por el libro *Crepusculario, Veinte poemas de amor...* al gran libro de la *Residencia en la tierra*; un pasaje que implica una liberación de los vínculos de la vieja tradición cultural y una adhesión a una mitología preliteraria y natural; proceso inverso –apunta el crítico– se produce en la poesía de Miguel Hernández ya que su experiencia abona en una tierra virgen, en medio de una naturaleza ruda y campesina, a la cual vas añadiendo progresivamente lecturas cultas [1969: 32]. De todos modos, hay que recordar que en España, ya en 1949, Espasa Calpe había dado a conocer *El rayo que no cesa*, sonetos de amor ardiente, de intenso lenguaje barroco, y por lo tanto inocuo a los ojos de la censura franquista, y tres años después, gracias al interés de los alicantinos Vicente Ramos y Manuel Molina, se conoce una primera antología de textos hernandianos, *Seis poemas inéditos y nueve más*, Ifach; también Martínez Marín edita en Orihuela una *Antología poética* de Hernández. Tampoco podemos omitir algunos estudios anteriores de los años cincuenta publicados en tierra de España, como el de Juan Guerrero Zamora, *Noticias sobre Miguel Hernández*, Madrid, *Cuadernos de Política y Literatura*, 1951, y del mismo autor, *Miguel Hernández, poeta (1910-1942)*, Madrid, Col. El Grifón de Plata, 1955. Y quizá vale la pena recordar, cual contribución al conocimiento de la poesía de nuestro poeta, la publicación del libro *Obra escogida. Poesía*. Siempre en el interior del país, por evidentes motivos políticos, bastante reacio a dar a conocer la figura del poeta y su obra, Fanny Rubio, recoge en su conocido libro sobre las revistas de la época (1976) el juicio de Agustín de Foxá aparecido en ABC de Sevilla, el 13 de junio de 1939, que nombra una serie de poetas militantes en el frente republicano, entre los cuales a nuestro poeta, Miguel Hernández; juicio que a distancia de años revela la ceguera debida a la dependencia del bando político que el autor defendía. Vale la pena leer lo que escribe Agustín de Foxá para mostrar concretamente cómo el prejuicio de la ideología puede obscurecer la mente incluso de un hombre considerado inteligente. Leemos:

Alberti, Cernuda, Miguel Hernández, Altolaguirre, en el verso son los tristes homeros de aliadas de derrotas; porque sólo fulge el soneto como un diamante cuando lo talla una espada victoriosa [...]. Desarraigados de la patria, teniendo que cantar el plan quinquenal, o el movimiento stajanovista, sin ninguna norma moral, los poemas de Alberti, de Cernuda, de Miguel Hernández, son unos poemas de laboratorio, sin fuerza ni hermosura, equívocos, cobardes y llorones, donde sólo

se habla de la sangre derramada de los niños, donde están ausentes la pasión de la mujer y la alegría de la victoria [Oleza: 218].

Durante la época de la postguerra, la obra de Hernández no llega al gran público de los lectores españoles de poesía pero su nombre y algunos poemas aparecen igualmente en algunas revistas, como en la santanderina *Proel* que da a conocer cinco poemas inéditos; también en *La isla de los ratones* se publica el poema «El sudor», mientras que con la llegada del año Cincuenta empiezan a circular los primeros parciales trabajos de conjunto sobre el autor de Orihuela. De todos modos se prohíbe en España la reimpresión de la *Obra escogida* de Aguilar durante 23 años. Sin pretender haber agotado la amplia información que existe sobre el conocimiento (aunque minoritario y limitado a algunas revistas literarias por lo más de provincia sobre la obra de Hernández), regresamos al año Sesenta de donde partimos, año del cincuentenario del nacimiento del poeta, al cual *Ínsula* dedica un homenaje en su n. 168, convocando a otras hojas de prensa literaria para difundir la obra de nuestro poeta, tomando pretexto de esta recurrencia temporal. En el esfuerzo de recuperación al que se asiste en España no puedo omitir de recordar la primera evocación dejada por Aleixandre, incluida en *Los encuentros*, que lleva fecha 1958. Su título, «Una visita», rememora el viaje del poeta a Alicante finalizado a ver la tumba donde descansaba el desafortunado amigo Miguel. Me permito insistir en esta remembranza, también como en las demás que el poeta Premio Nobel ha dejado en el tiempo sobre Hernández, ya que se une a la memoria de mi frecuentación con el maestro quien, al hablarle en su casa de Velintonia de mi trabajo de tesis sobre Hernández, me contaba detalles sobre la extraordinaria figura humana de Miguel, insistiendo en subrayar su carácter espontáneo y genuino. Aún me parece oír sus palabras cuando me contaba las visitas del joven Hernández a su casa de Velintonia y más tarde a la de Españolito, n. 16, ya que la primera fue por un largo período inhabitable a causa de la guerra. A veces Miguel llegaba con un saco de naranjas que había recogido en el campo de su tierra levantina; lo ponía sobre la mesa y iba sacando la fruta una a una, redondas naranjas de oro que resplandecían en la sala oscura de la habitación. Relación intensa, fraternal, presencia constante en su casa de Velintonia a la cual nunca ha renunciado Aleixandre, aun cuando, como me ha confesado a mí y ha revelado a varios amigos íntimos, él tuvo que elegir entre el anuncio de la visita de García Lorca –poco antes de viajar por última vez a Granada– que le llamó al teléfono para decirle que iría a verle para leerle *La casa de Bernarda Alba*, y la persona de Miguel que en aquel momento estaba en su casa. «Te espero –contestó Aleixandre a

la voz de Lorca— aquí conmigo está Miguel». «Entonces no vengo», dijo pronto Lorca. «Pero, Federico, que tengo qué hacer», fue la respuesta de Vicente. «Héchalo», contestó seco, el granadino. «Yo naturalmente no podía echar de mi casa a Miguel, y por eso nunca volví a ver a Federico», fue el comentario amargo que me dijo Aleixandre.

Como es conocido, Aleixandre dedica tres diferentes semblanzas al amigo oriolano: «Una visita», publicada antes en la revista santanderina *La Isla de los Ratones*, en el número 22, 1954, bajo el título «Junto a Miguel», que entra en 1958 en la primera edición del libro *Los encuentros*, tras otro retrato titulado «Evocación de Miguel Hernández». Además de la descripción de su figura física, su pelo corto, su cara enjuta y tostada —así mismo como la recuerda Neruda símil a «una patada recién sacada de la tierra»—, su manera de vestir con mangas de camisa calzando alpargatas, zapato natural pasa sus pies de campesino, Aleixandre recuerda en la tercera semblanza, «Miguel Hernández: nombre y voz», su voz parangonándola a una expresión, a un sonido de la naturaleza. Escuchemos:

Cuando él, en la intimidad, decía sus versos. se le notaba la voz clara. Lo primero en que uno pensaba era el sonido del arroyo. Los arroyos de su Levante. Tenía una voz nunca oscura, porque hasta en los acentos dramáticos, podía sonar claramente herida, pero no sepultada. Recitaba con sobriedad, vivaz más que lento, brioso, sí, como exigía tantas veces su obra. Y empezaba quieto, altos los ojos, mirando allá al fondo, la mano aún caída [...].

Henchido pecho y voz de él. He oído a muchos poetas decir sus versos. Pocos me han dado esta sensación tan completa del hombre expresado en acto, desde la desnuda garganta. [*Los encuentros*: 1985, 199-200].

Como se ve, la recepción de Hernández (al mismo tiempo interpretación e diálogo interior) pasa a través de los sentidos, es decir tiene un registro concreto, físico, ya que todo el cuerpo armonioso del desafortunado amigo Miguel aparece en su genuina materialidad puesta al servicio de la poesía. Incluso su muerte quedándose con sus ojos abiertos es signo para Aleixandre de un actitud de fe y confianza en el hombre, como escribe en el desenlace final de la semblanza:

Era confiado y no aguardaba daño. Creía en los hombres y esperaba en ellos. No se le apagó nunca no, ni en el último momento, esa luz que por encima de todo, trágicamente, le hizo morir con lo ojos abiertos [*Los encuentros*: 1985, 194].

Sobre la semblanza «Junto a Miguel», después titulada «Una visita», tenemos el testimonio vivo de dos retratos, que voy a enseñar para los presentes. No olvidemos que tras la muerte de Miguel, el autor de *La Destrucción o el Amor* había solicitado amigos y compañeros de su Generación –entre otros a Dámaso Alonso– invitándoles e enviar 250 pesetas a Josefina Manresa para comprar un nicho digno de la sepultura de Miguel. Poco después, exactamente entre finales de abril y comienzos de mayo de 1952, Aleixandre visita la tumba de Miguel en el cementerio Nuestra Señora del Remedio de Alicante. La Caja de Ahorros del Sureste de España (CASE) había organizado un homenaje a Gabriel Miró con motivo de la inauguración del Salón de Conferencias y Conciertos y de la Sala de Exposiciones, además de la Biblioteca «Gabriel Miró», de la que fue nombrado primer director Vicente Ramos. Aleixandre fue invitado a dicho homenaje y participó el 30 de abril con la conferencia «Visión de un mundo poético». Durante este periodo, con Vicente Ramos y Manuel Molina, Aleixandre, visita la tumba de Miguel Hernández en el cementerio de la ciudad. Le acompañaba el mejor fotógrafo alicantino de esa época: Francisco Sánchez, quien sacó dos fotos del momento: en la primera se ve a la izquierda del nicho de Miguel a Manuel Molina, paisano e compañero de Miguel, Vicente Aleixandre y el estudioso alicantino Vicente Ramos; en la segunda, la más conocida, la foto se centra solo en la persona de Aleixandre al lado de la lápida. La figura espigada de Vicente se muestra mirando hacia nosotros que le miramos. Su piernas, lo suficiente abiertas para dejar filtrar una pequeña luz, se alinea cromáticamente con el marco oscuro que bordea la lápida blanca del nicho con el nombre de Miguel Hernández. La identidad de los colores negro-blanco parece reproducir el ligamen que une a las dos personas –la que está presente y la ausente–, ligamen simbólico pero también sentimental. Refuerza esta sensación la disposición de la figura de Aleixandre, cara frente a nosotros, ocupando la misma posición propia de la lápida. De todos modos, el nicho no reivindica un espacio privilegiado, un silencio elitario –nunca lo habría querido Miguel para su cuerpo tan unido a los demás– sino que alude a un conjunto social, como muestran detalles de la imagen.

Con su postura compuesta y la cara mesta, Aleixandre nos invita a mirar hacia la tumba recordando la ignominia y tragedia que ha sufrido la persona de Miguel. Diversamente de las palabras de la semblanza que comprende la confesión del sentimiento desbordante de dolor frente a los restos del joven amigo, la foto traduce una imagen más austera y controlada, o mejor la misma emoción pero a través de lo ojos que elimina todo sonido y movimiento. La figura alta y majestosa de Aleixandre forma

una barrera infranqueable, ligeramente reclinada, como bien muestra la leve apertura de los zapatos, que llama nuestra atención, indicando que lo importante no es él, Aleixandre, sino el que está escondido, yacente, silencioso. Igualmente el pose del poeta, tan clásico y armonioso, que no esconde su tristeza, avala la voluntad de estar físicamente a su lado, al lado del hombre y del poeta o, por un instante, da la impresión de proyectarse dentro del espacio infranqueable para una persona humana, en un movimiento de cercanía y de adhesión al joven amigo perdido y ahora reposando en su más allá. Alrededor: todo silencio, lo que favorece, la comunicación espiritual, el diálogo y el abrazo con el difunto

La segunda foto, en que el retrato forma una línea descendiente que va de la derecha a la izquierda hacia el nicho en que resalta en letras negras del nombre de Hernández, muestra a Manuel Molina, paisano y compañero de Miguel, Vicente Aleixandre y el estudioso alicantino Vicente Ramos. También en esta foto, que vuelve a insertar el nicho del poeta en compañía de otros, el poeta de *La destrucción o el amor* parece como ausente mirando intensamente hacia abajo, hacia su joven y desafortunado amigo; la tensión que muestra la cara de Aleixandre es tal que los demás compañeros, aunque no es así, parece como distraídos y perdidos en otros pensamientos. Sólo Aleixandre mira hacia abajo y tan fijamente que aparenta estar al mismo cerca y distante del amigo a quien ya no ve, pero es como que está allí silencioso y presente.

Hemos dicho la visita de Aleixandre a la tumba de Hernández remonta a principios de 1952, mientras que la semblanza que la recuerda en la páginas de *Los Encuentros* sólo se aparece 1958. Pocos años después el nombre de poeta de Orihuela empieza a circular y a ser recordado, sobre todo con ocasión del cincuentenario de su muerte, al que participaron varias revistas, a partir de la citada *Ínsula* y aún *Caracola*, *Cuadernos de Ágora* y otras más de provincia. Tampoco puede olvidarse, como precedentes, el esfuerzo de recuperación realizado por *Cruz y Raya* en que colaboran los autores de la Generación del 36, a la cual Hernández está cronológicamente vinculado, así como la atención mostrada hacia el poeta de *Viento del pueblo* por los representantes colaboradores de *Escorial* y *Espadaña*; los cuales a partir de los años cuarenta intentan abrir un diálogo entre vencedores y vencidos, entre los que se quedaron en el país y los que tuvieron que abandonarlo. Según varios estudiosos, Hernández, en particular en cuanto autor del los sonetos de *El rayo que no cesa*, fue fuente importante de referencia y objeto de imitación para muchos jóvenes poetas del grupo posterior del 27. Apunta Luis López Anglada:

Un nuevo nombre, deslumbrador y de una fuerza total sorprendente, se presenta en España cuando ya los desórdenes de los años inmediatamente anteriores al 1936 hacían presagiar el drama que se cernía sobre España: Miguel Hernández. Con él se vislumbraba ya una nueva generación de jóvenes que también traían sus propias formas expresivas: L. Vivanco, L.F. Vivanco, los hermanos Panero, J.M. Souviron, etc., constituían la nueva promesa [1965: 66].

Anglada amplía la huella de la repercusión de la obra hernandiana a los colaboradores de *Juventud Creadora* y a los poetas de la corriente garcilacista; en particular el crítico nombra a autores como a Enrique Azcoaga, cercano a una poética de molde cotidiano y realista, que llega a la poesía de Miguel Hernández a través de su proximidad a Rafael Morales. En efecto, siempre Azcoaga, en el n. 5 de la revista *Álamo*, proclama su «Lealtad de Miguel Hernández»; y es notable su esfuerzo, el mismo que se asignan a otros autores de la época, en recuperar a la figura y obra del joven poeta de Orihuela, cuyo ejemplo moral y trágico destino seguían afectando la cultura oficial española, hasta ahora distraída o más bien sorda a la llamada de estudiosos y lectores de interior pero también fuera del país, que reivindicaban con fuerza la importancia del poeta y el derecho a consultar libremente su obra. La apelación más fuerte llega del ala más rehumanizadora de la lírica que tiene como antecedentes ilustres los libros de Neruda, Vallejo. También el libro *Hijos de la ira* de Alonso, con su fuerte angustia y dramatismo, se inserta en esta línea de antecedente hernandiano, aunque en el caso posterior, el de Dámaso, tiene un matiz religioso mientras que en el poeta de Orihuela se afirma una estética realista y existencialista con una clara preocupación social. A comienzos de los años setenta, aunque en España sigue vigente la dictadura de Franco, la fuerza arrastradora de la poesía de Hernández, con su conmovedora implicación biográfica, rompe cualquier obstáculo y ya podemos hablar de un poeta conocido y cuya figura comienza a ser popular. Pero a los amigos de Hernández aquí presentes quisiera recordar con cierto orgullo que, ya en Italia en los años cincuenta, el maestro Oreste Macrí en su antología titulada *Poesía spagnola del Novecento* (Parma, Guanda, 1952) había dado bastante espacio, en cuanto a presentación crítica y textos poéticos, a la persona y a la poesía de Hernández, de que presenta y traduce 10 poemas, entre los cuales señalo la «Elegía a Ramón Sijé», el tríptico de «Hijo de la luz» y «Nanas de la cebolla», que titula sencillamente «Nana a mi niño». Las páginas críticas van reunidas bajo el apartado «La poesía mística y telúrica de Miguel Hernández» y, entre sus autores de marcada referencia literaria, Macrí señala los nombres de Góngora,

Quevedo, Garcilaso de la Vega, y la lírica del amor devino de San Juan de la Cruz, fuentes estilísticas presentes en los sonetos de *El rayo que no cesa*, e igualmente recuerda a Fray Luis de León y Miguel de Unamuno en los versos «Me llamo barro aunque Miguel me llame». Y sobre la esencia profunda del sentimiento de amor que expresa la poesía del autor de Orihuela, el hispanista italiano escribe con su estilo hermético-barroco: «La piedad familiar de Hernández, tan desierta y exquisita, es el difícil amor de toda gran poesía que radica en la matriz natural del sexo santificado, y brota del misterio de una encarnación eterna de las categorías espirituales en la carne mortal y en sus institutos político-económico» [Macrí: 1952, LXI]. A conclusión deja esta semblanza más intuitiva que crítica en la que reafirma la grandeza y peculiaridad de la obra de nuestro poeta:

La figura de Hernández sella dignamente el 25, restaura el humanesimo del 98, remonta a las raíces del canto ibérico en sus mitos y valores de misterio, historia y sangre, abre a las nuevas generaciones aquel camino de lo humano, que ya el corazón de León Felipe había intuido entre modernismo y 25, y Lorca había sublimado en figuras ejemplares. [Idem].

Pero si la antología de Macrí da a conocer el nombre del poeta a los lectores italiano, será el libro de Dario Puccini, *Poesie di Miguel Hernández*, traducción e introducción de D. Puccini, Milano, ed. Feltrinelli, 1962 y el de su *Romancero della Resistenza Spagnola*, Milano, ed. Feltrinelli, 1962, a difundir la obra del poeta y darle una visión internacional, es decir menos provinciana, hagiográfica o reductora, colocándola en un ámbito europeo o mejor universal. Ya en ese libro, Puccini manifestaba su preocupación y también indicaba el método para la preparación de una futura edición de las *Obras completas* del poeta, ya que en esa argentina de 1960 señalaba muchas dudas de carácter textual (sobre todo la ausencia de inéditos y, en cambio, la presencia de errores ya señalados por Leopoldo de Luis); igualmente el hispanista italiano anotaba la tendenciosidad (falangista) de algún planteamiento biográfico, como el de Juan Guerrero Zamora (*M. H., poeta (1910-1942)*, Madrid, ed. El Grifón, 1955) con el fin de hacer que el libro fuese aceptado por el poder clerical-franquista, aunque el estudioso romano debe admitir la utilidad del libro y de algunos de sus análisis que consideran interesantes. La exégesis de Puccini, que Macrí considera «notoriamente comprometida y finalística en función del «mensaje» poético-humano y humano-poético de una pura reducción de la vivencia mortal-artística a un altísimo ejemplo de protesta» que sigue la escuela de Antonio Gramsci, denuncia una serie de rémoras y contrariedades que han impedido hasta ahora (estamos a

comienzos de los años 60) una lectura correcta de la lírica hernandina, pero que Macrí ve en la línea de la pasión mística y trascendente de la obra de Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, y en general «con el metaforismo católico-barroco», y donde encuentra la decantación y conversión de los elementos carnales en ascesis. Visión opuesta, y de aquí la polémica que surge entre los dos hispanistas, ya que para Puccini la poesía de Hernández es sobre todo confesión directa y presencias de las cosas, confluencia en la palabra poética de la historia sentimental y civil del poeta. En fin, la poesía de Hernández, para Puccini requiere una indagación que se apoya en la biografía, biografía que es la «historia de un alma», acudiendo a una frase de Erich Auerbach, que reza «En todo caso lo que es una obra comprendemos y amamos es la existencia de un hombre, una posibilidad de nosotros mismos», frase que sucesivamente, pone como epígrafe en su libro *M. H. Vita e pensiero* (Milano, Mursia, 1966), pues aparecido en versión castellana en Losada, en el año 1970; sucesivamente reeditado con apéndice bajo el título *Miguel Hernández. Vida y poesía y otros estudios hernandianos* (Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987); libro cuidado por José Carlos Rovira que presenta un resumen de la contribución crítica de Puccini a la poesía de Hernández. Sobre el libro, Aitor Luis Arrabide señalaba en su trabajo doctoral (págs. 116-117) una serie de errores (algunos debidos a la visión de su tesis marxista), por ejemplo al considerar el libro *El rayo que no cesa* como una obra de transición hacia un estadio más ideologizado, y nota bastantes inexactitudes, entre las cuales la fecha equivocada de la participación de Hernández en las Misiones Pedagógicas entre 1933 y 1935 por Andalucía. Sobre el asunto es suficiente leer el trabajo de José Luis Puerto, *Miguel Hernández en las Misiones Pedagógicas* (2010), donde el autor aclara los confusos indicios anteriores, valoriza la política cultural de las Misiones Pedagógicas, descubre los pueblos salmantinos que fueron visitados (Iruelos de Mesonuevo, Ahigal de Villarino, Brincones y Puertas); además describe el papel que desarrolló el poeta, da nombre a los participantes y a los programas de aquellas jornadas que consistían en lecturas poéticas, proyecciones de música tradicional, etc. Pero hay algo más: el autor visita a estos ambientes rurales ya descoloridos por el tiempo, entrevista a los testigos supervivientes de estas jornadas memorables: antiguos niños y ahora ancianos, quienes, al recordar los hechos, aún expresan su admiración y asombro. Algo parecido a las funciones teatrales de la Barraca de Lorca en los pueblos de España debió de pasar en esta misión de Hernández por tierras salmantinas, que Puerto ha reconstruido con su rica documentación inédita.

Tampoco se le escapa al extensor de la afortunada tesis doctoral el relieve sobre la «leyenda» del asilo denegado al poeta por Carlos Morla Lynch, así como la otra leyenda, difundida por Neruda sobre la supuesta intervención, solicitada por el propio poeta chileno, del cardenal Baudrillart en favor de la improvisa liberación del poeta. Dos años después, Puccini publica «Diez sonetos inéditos» de Hernández (Revista Nacional de Cultura, n. 184, Caracas, 1968).

En España, en el mismo año 1962, se impone el gran libro de Juan Cano Ballesta, *La poesía de M. H.* (Madrid, Gredos, 1962), en que el crítico estudia la expresividad fónica y rítmica, siguiendo las teorías del crítico polaco Roman Ingarden y al mismo tiempo las de la escuela estilística madrileña, así como las metáforas, los símbolos llegando a análisis interesantes modernas sobre la obra del poeta. El año sucesivo, ve la luz el libro de Claude Couffon, *Orihuela et M. H.* (Centres de Recherches de l'Etudes Hispaniques, Paris, 1963), que recupera y estudia el período juvenil y el último del poeta, con entrevistas al hermano Vicente, a José Martínez Arenas, y además recoge numerosos poemas, con sus fechas y su lugar de composición. En Francia, Jacinto Luis Guereña, publica *M. H. «Poètes d'aujourd'hui»*, Paris, 1964, esencialmente una biografía y una monografía bastante general, aunque presenta material iconográfico inédito. Al final de la década de los años sesenta se coloca el libro de Manuel Molina, Miguel, *Hernández y sus amigos de Orihuela* (Testimonio personal), Málaga, Edición de Ángel Caffarena, Librería Anticuario El Guadalhorce, 1969, que reúne un conjunto de artículos que gira alrededor de las amistades del poeta, entre las que se distingue las con Carlos Fenoll, hasta el comienzo de la guerra civil. En 1970, se publica en Italia mi libro, titulado sencillamente *Hernández*, Firenze, Il Castoro, La Nuova Italia, una colección dedicada a los grandes escritores, lo que muestra el reconocimiento que gozaba el poeta de Orihuela ya en esa época en Italia. El año sucesivo, 1971, ve la luz, siempre de Manuel Molina, *Amistad con Miguel Hernández*, Alicante, Silbo, que es continuación cronológica del primer libro del autor que sigue recogiendo materiales, en parte ya publicado en la prensa de Alicante, e incluye bastante material iconográfico. En fin, crece el interés por parte de los intelectuales alicantinos y se asiste a un relevante número de publicaciones locales, que parecen reivindicar la presencia e importancia del poeta del lugar. Señalo la de Francisco Martínez Marín, *Yo, Miguel. Biografía y testimonios de Miguel Hernández (1910-1942)*, Orihuela, Félix, 1972, y el libro –que estudia los sonetos amorosos del poeta– de Manuel Ruiz-Funes Fernández, *Algunas notas*

sobre «El rayo que no cesa»; para llegar a la importante monografía de Vicente Ramos, *Hernández*, Madrid, Gredos, 1972.

De veras esta nueva década de los años setenta señala la afirmación definitiva de la figura y de la obra de Hernández, aunque aquí me limito a nombrar rápidamente los títulos de los más conocidos libros publicados sobre el poeta, como los de Manuel Muñoz Hidalgo, *Cómo fue Miguel Hernández*, Barcelona, Planeta, 1975; de José M.^a Balcells, *Miguel Hernández, corazón desmesurado*, Barcelona, Diosa, 1975; María de Gracia Ifach, *Miguel Hernández, rayo que no cesa*, Barcelona, Plaza y Janés, 1975; el de José Carlos Rovira, «*Cancionero y romancero de ausencias*», de *Miguel Hernández: aproximación crítica*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1976; Vicente Ramos-Manuel Molina, *Miguel Hernández, en Alicante*, Alicante, Col. Ifach, 1976; Agustín Sánchez Vidal, *Miguel Hernández, en la encrucijada*, Madrid, Edicusa, 1976). La lista de los libros hernandianos de esta temporada sigue siendo larga, y señalo los dos de Marie Chevallier: *La escritura poética de Miguel Hernández*, Madrid, Siglo XXI, 1977; *Los temas poéticos de Miguel Hernández*, de la misma casa editorial, 1978. En 1980, como es sabido, se publica el libro de las memorias de Josefina Manresa, *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, Ed. de la Torre, y ya, tras la muerte de Franco y la desaparición del franquismo, empieza la estación definitiva de la consagración oficial del poeta.

Pero antes de cerrar esta ponencia sobre la recepción de la obra de Hernández que llega a la década de los años setenta, quisiera volver al recuerdo de otra experiencia personal siempre ligada al nombre de Hernández: se trata del homenaje que la Asociación Europea de Profesores de Español dedicó al poeta oriolano en Alicante, de 26 de agosto a 2 de septiembre de 1973, para el centenario del nacimiento de Azorín, rindiendo también homenaje a Gabriel Miró y Miguel Hernández. Era la primera vez que la Asociación se reunía en España, y eso debido a la voluntad e insistencia del prof. Manuel Muñoz Cortés de la Universidad de Murcia que ofreció la sede del congreso y facilitó la residencia de los participantes. Cerró la sección Germán Bleiberg, quien regresaba a España de su exilio americano y que dictó en el Colegio de Santo Domingo de Orihuela una memorable evocación¹ sobre Miguel Hernández, amigo y compañero de lucha, con quien compartió en mayo de 1939 la cárcel madrileña de Torrijos. En esos días yo frecuenté mucho

¹ La conferencia, titulada «Miguel Hernández y la Generación del 27» puede leerse en el *Boletín de la Asociación europea de Profesores de Español*, Año V, n. 9, octubre 1973, págs. 28-41. Debo la señalación de la publicación a Aitor L. Larrabide, a quien agradezco la amabilidad de su envío.

a Bleiberg, le di mi libro italiano (*Hernández*, Firenze, Il Castoro, La Nuova Italia, 1970), lo acompañé a visitar la casa del poeta en Orihuela pero no nos dejaron entrar; él me contó entre varias anécdotas de su relación con Miguel la de cuando con algunos compañeros entraron en la cárcel de Torrijos, que compartió con el poeta durante cinco meses, y todos llevaban barbas largas no habiendo tenido la posibilidad de afeitarse. Miguel los apodó los grandes barbudos, de inmediato buscó una botella, la rompió delante de ellos, cogió un cristal, lo trabajó contra una piedra hasta hacerlo ser fino como una lama de metal y con eso cortó la barba a cada uno de los barbudos y tan hábilmente que ni una gota de sangre salió de sus caras.

Pero, volviendo a Italia, el nombre de Hernández circuló hasta los años setenta; después a partir de la década posterior quedó marginado dentro del reducido interés de algunos centros universitarios y, sucesivamente, bajó un silencio definitivo sobre su nombre y su obra. Por esto motivo, luchando contra viento y marea he podido publicar hace poco el libro *Canzoniere e romanzero di assenze* (Bagni a Rivoli, Firenze, Passigli, 2014), que representa la primera edición integral, con texto bilingüe, y que ahora como broche final cierra la historia de esta recepción hernandiana en Italia.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEIXANDRE, VICENTE, *Los encuentros*, edición de José Luis Cano, Madrid, Austral, 1985.
- GARCÍA DE LA CONCHA, VICTOR, «Espadaña (1944-51); biografía de una revista de poesía y crítica de la literatura», en *CHA*, n. 236-237, agosto de 1969.
- LUIS DE, LEOPOLDO, *Poesía social (1939-1968)*. *Antología*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1969.
- MACRÍ, ORESTE, *Poesía spagnola del Novecento*, Parma, Guanda, 1952.
- MORELLI, GABRIELE, «Mi primer encuentro con Josefina Manresa. Entre realidad y memoria», *Miguel Hernández, cien años, Canelobre*, n. 56, 2009-2010, págs. 230-243.
- NERUDA, PABLO, *Con eso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1979.
- OLEZA SIMÓ, JOAN y CANDEL, XELO, «La recepción de Miguel Hernández en la poesía de postguerra», en *Miguel Hernández, cincuenta años después*, Alicante/Elche/Orihuela, 1993, págs. 217-232.
- PUERTO, JOSÉ LUIS, *Miguel Hernández en las Misiones Pedagógicas*, introducción de Gabriele Morelli, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Col. Beltenebros Minor, 6, Segovia, 2010.

